

Roma, 19 de marzo de 2021
Solemnidad de San José



“Pasado el sábado, al alborar el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: «Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ¡ha resucitado!, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía”.
(Mt 28, 1-6)

¡Feliz y Santa Pascua de Resurrección!

A los Rogacionistas
A la Familia del Rogate

Muy estimados,

En este Año Especial de San José, en el día solemne de su fiesta, os envío las Felicitaciones para la Santa Pascua de Resurrección. Él, patrono de la Iglesia universal, es también patrono especial de nuestra Congregación. Pidámosle que proteja el mundo entero, lo salve de la pandemia que está cosechando tantas víctimas y dejando profundas heridas y desolación en muchas personas, y que nos guarde a todos nosotros.

En el sepulcro vacío donde se asoman las mujeres, podemos leer la metáfora de estos nuestros días: la fe nos dice que, aunque humanamente no aparece la cercanía del Resucitado, esta calamidad constituye una llamada del Señor a la purificación, a la solidaridad, a la conciencia del valor de la vida, a la tutela y salvaguardia de la creación.

En el mismo tiempo, experimentamos el temor de enfrentar días cada vez más difíciles, mientras sentimos la dificultad de escuchar la voz del Ángel del Señor que nos asegura: “¡Vosotros, no temáis!”.

Mientras estaba a punto de dejar sus discípulos para regresar al Padre, Jesús los enviaba como seguidores de su misión y les infundía valor: “Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos” (Mt 28, 19-20).

Para los discípulos no habría sido una misión fácil, pero Jesús les decía que no quedarían solos, porque él permanecería a su lado, con ellos, todos los días, hasta el final del mundo.

No fue fácil la misión empezada por el Padre Aníbal en el Barrio Aviñón. Pero su gran fe le permitió de superar todas las dificultades, en especial a partir de cuándo, entre sus huérfanos y pobres, llevó la presencia estable de Jesús Sacramentado. Él lo afirma claramente, indicando la razón profunda del vínculo de la Eucaristía con la Obra Piadosa:

“Vino como padre amorosísimo entre sus hijos para formarse una pequeña familia, que viviera con su carne y su sangre, y fuera hecha capaz de su real presencia en Sacramento, para poder recoger de sus divinos labios el mandato del Divino celo de su Corazón: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*; y este mandato está en la más íntima relación con Jesús Sacramentado, que no puede subsistir – habiéndolo Él así decretado – sin el sacerdocio”.

Inmediatamente después, el Padre Aníbal confirma que, a partir de aquel momento, ya se podía enfrentar sin temor la “muy escabrosa peregrinación”: “Con la venida de Jesús Sacramentado, la Obra Piadosa, en persona de sus primeros componentes, brotó como niña, mejor, brotó como pequeña caravana para empezar una peregrinación muy escabrosa, pero siempre confortada por la verdadera Arca de la Alianza que contiene no el maná simbólico, sino el pan vivo bajado del cielo, Jesús en Sacramento”.¹

En la situación actual, a menudo somos limitados en los desplazamientos, hallamos dificultades en conducir como quisiéramos nuestras obras formativas y el apostolado, experimentamos toda la crisis económica causada por la pandemia, los mismos vencimientos de los gobiernos de Circunscripción son condicionados. Queremos esperar se nos permita celebrar regularmente, el año que viene, el XIII Capítulo General de la Congregación.

Tenemos que reconocer que hasta ahora fuimos ampliamente protegidos por nuestros Divinos Superiores. A pesar de las dificultades y limitaciones impuestas por la pandemia, hicimos lo posible para cultivar nuestra vida de piedad, sirviendo el Pueblo de Dios en nuestras parroquias y santuarios, y acercándonos a la emergencia de la pobreza de muchos hermanos y hermanas nuestros.

En algunas nuestras casas se promovió la adoración perpetua, que vio la pronta participación de muchos fieles.

Podemos afirmar que estamos experimentando la cercanía del Señor y la protección de la Virgen Inmaculada y de nuestros santos Protectores.

En esta Pascua de Resurrección, que viviremos una vez más con los límites de la pandemia, acerquémonos a los Santos Misterios con el deseo de resucitar a vida nueva, junto con Jesús Resucitado. Acojamos su saludo y su deseo de Paz, en nuestros corazones, en nuestras Comunidades fraternas, y convirtámonos en trabajadores de paz, por doquier, en nuestras relaciones y apostolado.

El Señor Resucitado nos conceda vivir la Santa Pascua en la alegría espiritual de la fe, en la paz del corazón y en la serenidad de la comunión fraterna.

Mi deseo se dirija a todos vosotros, queridos Cohermanos, especialmente a los enfermos y a los que, por motivos diversos, se encuentran en situaciones de dificultad. Además, dirijo un saludo y deseo especial a las cohermanas Hijas del Divino Celo, a las Misioneras Rogacionistas, a los miembros de las Asociaciones Rogacionistas y a todos los Laicos que viven con nosotros el carisma del Rogate. Jesucristo Resucitado nos conceda a todos su paz.

Confío este deseo a la intercesión de la Santísima Virgen y de San José, su esposo, de San Aníbal y de nuestros Santos Protectores, mientras os saludo a todos con afecto en el Señor.

.....
(P. Bruno Rampazzo, R.C.J.)
Sup. Gen.

¹ Cfr. DI FRANCIA A., *Scritti*, Regolamenti, vol. VI, Roma (2010), pag. 397.